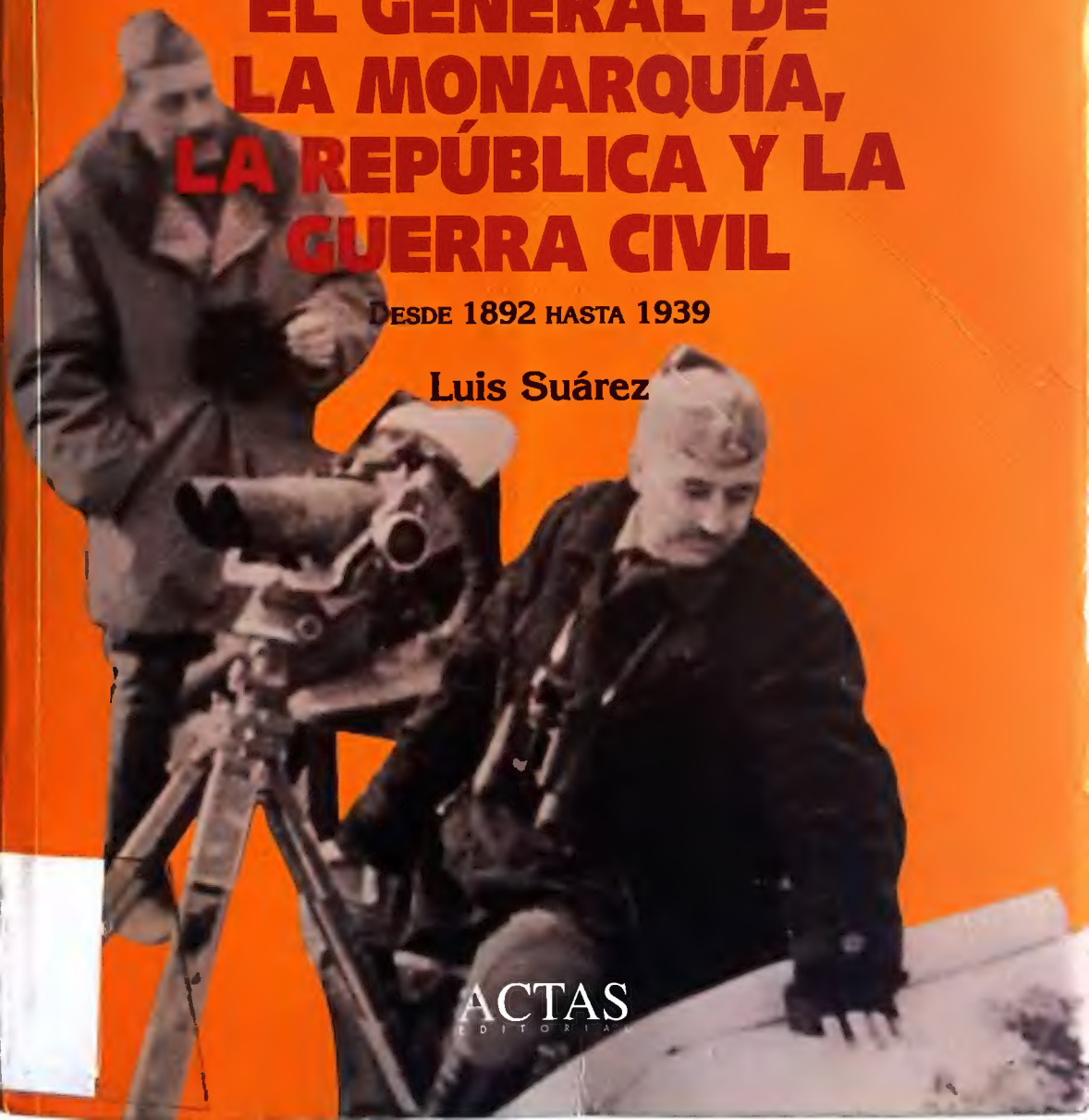
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

PRIMERA PARTE

FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

CAPÍTULO 10

FRANCO Y LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE.

I. LOS PREPARATIVOS DEL GOLPE SOCIALISTA.

1. Hoy se tiende a minimizar la revolución asturiana de 1934 pero ninguna duda razonable puede albergar un historiador, máxime si fue testigo de los hechos que entonces acaecieron, de que si el golpe de octubre no hubiera sido detenido con rapidez, su victoria hubiera conducido a la independencia de la República de Cataluña con predominio de la izquierda y, en el resto de España, a la Dictadura del proletariado. Historiadores tan inclinados al bando republicano como Salvador de Madariaga y Claudio Sánchez Albornoz afirman que se intentaba destruir la República y que, después del golpe, se había perdido todo derecho a reprochar a los adversarios la vía de la desobediencia a la Constitución. Por otra parte se tuvo la impresión, por aquel entonces, de que la guerra civil, tantas veces anunciada, había comenzado ya.

Los preparativos venían de antiguo. Ya en noviembre de 1931, cuando se planteó un debate en torno a la propuesta –por otra parte perfectamente natural– de que se disolviesen las Cortes constituyentes, pues habían concluido su tarea, a fin de convocar Cortes legislativas ordinarias, Largo Caballero no sólo se opuso radicalmente sino que profirió, en sus declaraciones a *Ahora*, verdaderas amenazas: «La disolución de las Cortes sería la señal para que el Partido socialista y la UGT lo considerasen como una provocación y se lanzasen a un *nuevo* movimiento revolucionario. No puedo aceptar tal posibilidad que sería un reto al Partido y que nos obligaría a ir a una guerra civil».[1] De modo, pues, que mucho antes de la constitución de la CEDA y de que apareciera Gil Robles en la escena política, un sector que sería dominante en el Partido anunciaba estar dispuesto a imponer sus criterios por la fuerza. Fue este mismo sector el que, en víspera de las elecciones de 1933, impidió que se publicase en *El Socialista* un discurso de Besteiro a las Juventudes socialistas porque trataba de ponerlas en guardia contra «la ilusión de la dictadura del proletariado».

El período comprendido entre las elecciones de noviembre y el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936 fue calificado, por la izquierda, como «bienio negro», esto es, de retroceso en el camino que debía seguir la República. No se limitó sin

embargo, a soportar los malos vientos sino que trató de acabar con el Gobierno a tiros y con bombas; perdió así el derecho moral a reprochar a sus enemigos que hiciesen después lo mismo. Diego Martínez Barrio tuvo que prolongar unos días su Gobierno provisional para atender a los brotes de violencia que hemos mencionado, en Aragón, Extremadura y Andalucía, que obligaron a declarar el estado de alarma, empleando con energía las fuerzas de Orden Público. A lo largo del año 1934 las huelgas se multiplicaron y algunos socialistas comenzaron a preguntarse si los hombres de la CNT, que preconizaran la abstención en las pasadas elecciones, no iban a arrancarles ahora su clientela esencial: la interpretación que los líderes socialistas dieron a su clamorosa derrota en las urnas era de traición por parte de los sindicalistas y alianzas «antinaturales» por parte de Lerroux. Pero es lo cierto, como indicamos en el capítulo anterior, que las amenazas de un golpe de fuerza por los máximos responsables del Partido se habían producido en el momento de la toma de posesión del Gobierno y mucho antes, durante la campaña electoral, de tal manera que si nos atenemos a los discursos que entonces se pronunciaron el socialismo español no descartaba la posibilidad de adueñarse del poder desde la calle implantando su dictadura.

En sus *Memorias*, Manuel Azaña insiste en que siempre había repudiado el recurso a la violencia. Esto no quiere decir que admitiese la posibilidad de un turno en el Gobierno para la CEDA: la coalición dirigida por José María Gil Robles era «antirrepublicana» y por consiguiente juzgaba necesario oponerse a ella con todos los medios *legales* a su alcance. En esto se mostraba consecuente con el laicismo jacobino: sólo ese laicismo procuraba la legitimidad y, por consiguiente, el catolicismo militante de que alardeaba la derecha la convertía en espúrea. Gil Robles intentó dar garantías de republicanismo «porque tenemos la aspiración de demostrar al pueblo que no tenemos ambición de ninguna especie; que no tenemos deseo de mando; que no tenemos prisa de ningún género; que queremos que se agoten todas las soluciones, para que después la experiencia diga al pueblo español que no hay más que una solución, y una solución netamente de derechas»[2] –pero no fue creído–. El calificativo «negro» lo dice todo.

Por otra parte y también en sus *Memorias*, Alcalá Zamora cuenta que entre los días 20 de noviembre y 3 de diciembre de 1933 recibió al menos tres incitaciones para que colaborara en un golpe de Estado, al que estaban mezclados al menos Botella, Gordón Ordás, Martínez Barrio y Negrín: consistía en no convocar las Cortes recientemente elegidas y formar en cambio una especie de Gobierno «de salvación» con los grupos republicanos «auténticos». Él rechazó la propuesta que invalidaba la legalidad del sistema.

2. Estas noticias pertenecían al dominio público y no podían ser ignoradas por Franco, en cuya actitud política posterior influyeron. Dos regiones españolas, Asturias y Cataluña, se ofrecían como posibles plataformas para una acción revolucionaria. La muerte de Francisco Maciá (25 de diciembre de 1933) permitió a Luis Companys Jover, que se había distinguido como defensor de los anarquistas, convertirse en presidente de la Generalidad (31 de diciembre) y luego, al frente de una coalición izquierdista, ganar las elecciones municipales del 14 de enero de 1934.[3] Se produjo una ruptura constitucional cuando la Lliga decidió retirarse del Parlamento catalán

como protesta de que la mayoría absoluta lograda por Ezquerra gobernara haciendo caso omiso de la oposición. Companys, que intentaba promover una reforma agraria muy diferente de la que preconizaban las Cortes de la República, estaba empezando a sostener con ésta una pugna que no excluía el recurso a la violencia. No ocultaba que su proyecto inmediato era, aprovechando la mayoría absoluta conseguida, proclamar la independencia de Cataluña, estableciendo después vínculos de cooperación con el resto de España para mantener las ventajas económicas, pero rechazando cualquier clase de dependencia política. Las normas todavía vigentes en el Ejército equiparaban al delito de alta traición cualquier intento de separar una parcela del territorio nacional.

Francisco Largo Caballero comenzó a preparar, desde febrero de 1934, la gran subversión para la que el instrumento debían ser las Alianzas Obreras que agrupasen socialistas, anarquistas y comunistas. Al mismo tiempo activaba los enfrentamientos armados «antifascistas» incluyendo también a los de la CEDA en esta denominación. Sólo en Asturias consiguió Largo Caballero su propósito[4] porque en esta región había conseguido la derecha, en las elecciones de 1933, una victoria inesperada y, para los grupos de izquierda, muy alarmante: resucitaban con ella las antiguas raíces conservadoras asturianas.[5] La unión se hacía imprescindible a menos que se reconociese como definitiva la consolidación de ese conservadurismo asturiano. Todo indica que los socialistas entonces se equivocaron en sus apreciaciones al creer que sólo podían retornar al poder por el camino de la violencia.

Años después se comprende la importancia que tuvo la fracasada revolución de octubre, aunque los intentos que se realizan para limpiar de máculas la República hayan conseguido que se dedique muy poco espacio a esos acontecimientos. Al comenzar el verano de 1934 Largo Caballero consiguió ser reconocido como jefe sin disputa. Una escalada de huelgas, y el descubrimiento de algunos depósitos de armas, puso en alerta al Gobierno, aunque parecía poco decidido a tomar la delantera. De estos alijos el más importante fue el del buque «Turquesa». Durante el gobierno de Azaña, éste había autorizado al industrial bilbaíno Horacio Echevarría, amigo de Indalecio Prieto, la compra de una partida de armas destinadas a la oposición portuguesa que preparaba un golpe contra Oliveira Salazar. Estas armas permanecían depositadas en Santa Catalina de Cádiz y fueron compradas por Negrín, Prieto, González Peña y Amador Fernández en medio millón de pesetas y cargadas en el «Turquesa», fletado por otras 70.000. La primera idea de los líderes socialistas fue ofrecer el barco con la carga a Companys, pero cobrando millón y medio de pesetas. Cuando los catalanes rechazaron la oferta, el buque fue enviado a Asturias ya que el dinero invertido en la compra de las armas pertenecía al Sindicato Minero. La policía descubrió el alijo cuando estaba siendo cargado en camiones de la Diputación Provincial –dominada por socialistas– que tenían carácter oficial.[6]

3. Cuando las fuerzas de Orden Público interceptaron el alijo del «Turquesa» y éste huyó, estaban allí Indalecio Prieto y Juan Negrín, que no fueron detenidos. Era inevitable que se entendiese que esta operación no era sino preparativo para un inmediato alzamiento socialista: un escándalo, en definitiva, que alcanzaba al PSOE cuyos jefes, inquietos, comenzaron a pelear entre sí. Aun así, la revolución de octubre fue un hecho clave, juzgado desde puntos de vista muy diferentes. Para Claudio Sán-

chez Albornoz, testigo de excepción, «la revolución de octubre, lo he dicho y lo he escrito muchas veces, acabó con la República».[7] Para Franco, miembro reciente de la Entente Internationale, fue la oportunidad de demostrar cuánta decisión y eficacia era capaz de desplegar cuando se trataba de combatir al marxismo. Salvador de Madariaga, efímero ministro de Instrucción Pública en el primer Gobierno Lerroux, llegó a la conclusión de que era necesario replantearse las bases mismas de la democracia.[8] El hombre de la calle, menos al corriente de las sutilezas de la política, entendió que, como consecuencia de la revolución, España quedaba definitivamente dividida en dos bandos irreconciliables y, más tarde, que aquél había sido el primer capítulo de la Guerra Civil.

Teniendo en cuenta que en la decisión socialista influyó mucho el argumento de que era preciso adelantarse a un eventual golpe «fascista», Vicente Palacio Atard, que es uno de los más serios historiadores españoles,[9] aconseja poner atención en los sucesos que se estaban produciendo en el exterior y sobre todo en el ascenso del poder nacionalsocialista y el éxito de la dictadura staliniana. En 1934 se produjeron los pasos decisivos que permitieron a Hitler convertirse en dueño absoluto de Alemania: eliminación de las S.A. de Röhm y de otros opositores políticos de variado signo (la «noche de los cuchillos largos» fue el 30 de junio); ilegalidad de todos los partidos políticos excepto el NSDAP (14 de julio); absorción de la presidencia por la Cancillería a la muerte de Hindenburg (1 de agosto). Aunque hoy estamos seguros de que España no entraba, en estos momentos, en los planes del Führer,[10] la propaganda de la izquierda puede haberse persuadido de que la única alternativa que le quedaba, pues se iba hacia fórmulas dictatoriales, era la de conseguir que triunfase la suya. De dictadura se hablaba, no de otra cosa. En uno de sus primeros discursos parlamentarios, Primo de Rivera, reclamó para su movimiento también la licitud. «Estamos –dijo– ante una actitud intelectual y espiritual que anda por toda Europa y que pretende manifestarse en todas las formas lícitas que a todas las ideas se conceden».[11]

II. LA TOMA DE DECISIÓN.

1. El hecho de que Hitler hubiera llegado al poder utilizando los resortes legales de la República de Weimar, destruyendo después la democracia desde dentro, era un argumento fuerte en manos de los socialistas ya que podían explicar a sus bases que ése era el proyecto de Gil Robles[12] y aunque éste lo negara resultaba muy fácil desatender sus protestas. Los artículos publicados en la prensa afín a la izquierda y, en especial, en *El Socialista*, dieron vueltas a esta línea de explicación llevándola a extremos de gran violencia en cuanto al tono.[13] Por otra parte a Stalin comenzaba a preocupar seriamente la consolidación del totalitarismo hitleriano, cuya primera consecuencia había sido la destrucción casi completa del otrora potente partido comunista alemán: desde la Komintern se enviaron consignas a los comunistas españoles para que ofreciesen su colaboración a los socialistas en la lucha contra la burguesía. Aunque muy minoritario, el Partido Comunista español se sumó a la Alianza Obrera y comenzó a atraerse jóvenes socialistas entre los más proclives a sus maximalismos.

El razonamiento mediante el cual se estableció la legitimidad del golpe revolucionario, aparece claramente explicado en la obra clásica de Ramos Oliveira[14] y es muy importante que lo analicemos aquí: las elecciones de noviembre –de cuya corrección no puede dudar pues incluso en la «prima» otorgada a los vencedores se había utilizado el procedimiento establecido por la izquierda– debían considerarse ilegítimas en sus resultados porque la opinión de la mayoría no bastaba para cohonestar –el término empleado es precisamente éste– la entrada de la derecha en el Gobierno. La legitimidad republicana se hallaba íntimamente vinculada a los objetivos fijados en 1931 y a ella tenían que someterse todos los instrumentos legales: al haberse conculcado dicha legitimidad a la izquieda correspondía restablecerla y, desde la calle, con las armas de la subversión e incluso la violencia, «conquistar la República popular». De ahí que el golpe preparado por los socialistas tendiese a implantar un régimen en el que únicamente los sectores incluidos en las Alianzas Obreras tendrían derecho a actuar. Desde que el 27 de enero de 1934 Julián Besteiro abandonara la Ejecutiva del PSOE, iniciando un ostracismo de exactamente cinco años, Francisco Largo Caballero, secretario general, adquirió un poder decisivo en la izquierda e Indalecio Prieto se acomodó a sus directrices.

El programa revolucionario que iba a ser aplicado en caso de éxito se acomodaba ya al modelo de lo que más tarde se llamarían «democracias populares» si bien era el Partido Socialista y no el Comunista quien se proponía tomar la dirección. Incluía, como puntos esenciales: la nacionalización de la tierra, prohibición de acceso a la enseñanza superior de aquellos jóvenes que no fuesen considerados aptos por el Régimen, supresión de todas las Órdenes y congregaciones religiosas e incautación de sus bienes, y sustitución del Ejército profesional por otro popular que estaría formado «exclusivamente por los partidos leales a la izquierda». También se pretendía la sustitución de la Guardia Civil por una policía política y se anunciaba la depuración de todos los funcionarios públicos que no fuesen afectos a la nueva República popular.[15]

La revolución puso a la CEDA en su punto de mira: Gil Robles era un «fascista» –lo que demuestra la imprecisión del término– mientras que los radicales, sus aliados, pasaban por ser meros oportunistas que traicionaban sus ideas para seguir en el poder. De este modo las concentraciones juveniles de la CEDA, como la que se celebró el 22 de abril en El Escorial, eran calificadas de amenazadoras y no en cambio las suyas propias. Luis Companys había encargado a José Dencás la organización de una milicia de jóvenes nacionalistas para la que se inspiró en las organizaciones paramilitares creadas por Mussolini. La revolución de octubre fue cuidadosamente preparada.[16]

2. En el Gobierno también se advertia perplejidad: los ministros, vapuleados por la eficaz oratoria de Prieto, sentían la necesidad de tomar medidas precautorias pero temían hacerlo prematuramente para no dañar su imagen de buenos republicanos. El mismo Presidente, don Niceto Alcalá Zamora, mostraba su repulsión hacia la CEDA y creía posible que una solución de «centro» evitara los males que se avecinaban. Manifestando a espaldas del Gobierno su desacuerdo con la ley de amnistía por los sucesos del 10 de agosto que, sin embargo, firmó, obligó a Lerroux a dimitir (25 de abril de 1934) y encargó la formación de un nuevo Gobierno al abogado valen-

ciano Ricardo Samper Ibáñez: no era un hombre de prestigio y, por eso, resultaba inadecuado para la difícil situación que se había planteado. Naturalmente fue apenas un Gabinete de verano. Las tensiones aumentaron: los que formaban la izquierda moderada, entre la que estaban Azaña, Maura y Martínez Barrio, ahora a la cabeza del Partido Radical Demócrata, preconizaban, como medio para detener la revolución una inmediata disolución de las Cortes a fin de proceder a elecciones que cerrasen el camino a la derecha.

Se comenzó a pensar en Francisco Franco. En una sesión del 25 de junio, Indalecio Prieto aludió a él como al hombre que pudiera ser encargado de restablecer el orden, indicando claramente que no lo admitiría. El recurso entraba, sin embargo, dentro de la lógica: ni Samper, ni Diego Hidalgo, que seguía siendo ministro de la Guerra, podían confiar en el general Masquelet, jefe de Estado Mayor, porque era hombre de confianza de Azaña, ni tampoco podían recurrir a quienes estuvieran implicados en el golpe del 10 de agosto, descalificados para cualquier tarea de defensa de la República. Gil Robles afirma que pensó en él como en el sustituto de Masquelet, pero no hay precisión cronológica sobre este punto.[17] Lo único que podemos decir con certeza es que Hidalgo tomó la decisión de traer a Franco a la península sin haber decidido qué puesto asignarle.

La coyuntura fue proporcionada por las maniobras que, al final del verano, se desarrollaron en las montañas de León. Era jefe de las fuerzas, más de 20.000 hombres, el general López Ochoa; Antonio Aranda figuraba como su jefe de Estado Mayor. Alcalá Zamora, que asistió al supuesto táctico, dice que recibió una advertencia de Martínez Barrio respecto a un supuesto plan para secuestrarle, cuya autoría atribuía a Franco, y que naturalmente el Presidente no lo creyó.[18] Cuando las maniobras terminaron, Hidalgo rogó al general que permaneciese en Madrid sin regresar a Baleares: Franco solicitó el permiso anual reglamentario, proyectando precisamente un viaje a Asturias donde pensaba ocuparse en asuntos familiares. Estaba en la capital de España todavía cuando comenzó el alzamiento.

Fue en este momento cuando se produjo un pasajero enfrentamiento entre Indalecio Prieto y Largo Caballero que estuvo a punto de dar al traste con el proyecto de revolución: subsanado sobre la marcha, la autoridad de Largo quedó reforzada. A manos de Franco llegó una carta de José Antonio, fechada el 24 de setiembre,[19] en la que éste daba cuenta de su entrevista con el ministro de la Gobernación, Rafael Salazar Alonso, al que, con gran sorpresa de éste, había ofrecido sus muchachos falangistas si era necesario enfrentarse a la rebelión que se preparaba «con arreglo a la escuela de Trotski». Sabía que en Cataluña no era necesaria la revuelta pues los separatistas gobernaban ya. «Si se proclama la República independiente de Cataluña, no es nada inverosímil, sino al contrario, que la nueva República sea reconocida por alguna potencia. Después de esto, ¿cómo recuperarla? El invadirla se presentaría ya ante Europa como agresión contra un pueblo que, por acto de autodeterminación, se había declarado libre».[20]

3. Durante el verano de 1934 se habían sucedido las huelgas, asesinatos y otros actos de violencia a ritmo creciente: alcanzaron en setiembre grados en verdad insoportables. El día 8 de este mes fue clausurada la Casa del Pueblo de Madrid porque se hallaron en ella depósitos de armas importantes. Gil Robles tenía anunciada una con-

centración de sus seguidores en Covadonga para el día 9, siguiente a la gran fiesta de la patrona asturiana, y las izquierdas dieron orden de recurrir a todos los procedimientos –huelga general revolucionaria, tachuelas y barricadas en las carreteras, insultos y golpes a los que se dirigían a Covadonga– para impedirlo. El líder de la CEDA reconoció que la colaboración con el Gobierno radical no daba los resultados apetecidos y anunció que iba a pasar a otra postura más exigente. El 11 de setiembre uno de los miembros de la Generalidad, Ventura Gassol, proclamaba contra la «vil España» un odio «gigantesco, loco, grande, sublime». «Odiamos, llegó a decir, el nombre, el grito y la memoria, sus tradiciones y su sucia historia».[21] Un terrible sentimiento se había abierto camino.

Aquella madrugada había tenido lugar la captura de las armas del «Turquesa», que permitió descubrir también otros depósitos.[22] Ante la actitud de la CEDA el Gabinete Samper tomó, el 12 de setiembre, casi en la víspera de reanudarse las sesiones de Cortes, el acuerdo de autorizar a su Presidente, Samper, que presentara la dimisión cuando lo creyera oportuno. El 1 de octubre, la CEDA retiró los votos con que apoyaba al Gobierno y éste cayó. Las izquierdas reiteraron su advertencia: si aparecían ministros de la CEDA provocarían la revuelta armada. En la lista que Lerroux, nuevo Presidente, presentó a Alcalá Zamora en la tarde del 3, figuraban tres miembros de aquella agrupación: Rafael Aizpún en Justicia, Manuel Giménez Fernández en Agricultura y José Anguera de Solo en Trabajo.

Al día siguiente, 4 de octubre, mientras los nuevos ministros tomaban posesión de sus despachos, se reunía el I Consejo Nacional de Falange Española de las JONS. Pasadas las elecciones la derecha había perdido todo interés por Falange y sus postulados, de modo que faltaron los medios económicos para sostenerla: los pisos alquilados que servían de células locales pasaban verdadera penuria. En agosto de 1934 José Antonio intentó crear una central sindical, organizando un sindicato de taxistas, pero los numerosos obreros que acudieron a sus filas se sintieron pronto desengañados por la falta de medios y amenazados por la CNT y UGT que alardeaban de violencia. Primo de Rivera, en cambio, evolucionaba hacia posiciones cada vez más católicas, con gran irritación de Gil Robles, y menos violentas. Ansaldo fue expulsado, a fin de ejercer mejor control sobre las milicias. Fue entonces cuando estalló la primera crisis.

Ruiz de Alda y Ledesma Ramos se quejaron del talante demasiado liberal y tan poco socialista que el movimiento iba adoptando. Había otra cuestión de fondo pues crecía la popularidad de José Antonio, que demostraba poseer verdaderas y profundas ideas, a costa de la suya propia. En el I Consejo Nacional se planteó la cuestión de volver a la jefatura única: fue aceptada por una mayoría muy escasa. Pero cuando se trató de designar el jefe hubo aclamación muy significativa de José Antonio.[23] Los sondeos de opinión revelaban que este joven político estaba atrayendo simpatías en sectores muy amplios. El antisocialismo de Falange Española se acentuó.

Si juzgamos la situación creada con la dimisión Samper por los criterios de ortodoxia parlamentaria, la solución propuesta de un Gobierno de coalición radical-cedista, con mayoría cómoda en las Cortes, era correcta. Sin embargo «los grupos republicanos de izquierda protestaron acremente contra la entrada en el poder de la CEDA, afirmando que rompían la solidaridad con las instituciones de un Régimen que había sido traicionado».[24] La izquierda se consideraba única repre-

sentante legítima del «republicanismo» y así lo expresaron Azaña, Martínez Barrio y Companys cuando acusaron a Alcalá Zamora de entregar la República a sus enemigos, un delito que le harían purgar en abril de 1936. Todavía muchos años más tarde abundan escritores y políticos que estiman legítimo el razonamiento, pero rehúyen la consecuencia, que fue el salto a la revolución con pretensiones de imponer la dictadura del proletariado.

III. FRANCO EN EL MINISTERIO DE LA GUERRA.

1. Esta larga exposición de antecedentes ha resultado imprescindible para comprender el punto de vista de Franco, que otorgó a la revolución de octubre importancia capital. Si la izquierda había decidido prescindir de la legitimidad republicana, cosa que no podía demostrarse que pretendiera la derecha, este gesto hubiera debido impedir que se la aceptase de nuevo en esa legitimidad; tal sería su razonamiento simple de militar atento a las órdenes. «La revolución de Asturias fue el primer acto para la implantación del comunismo en nuestra nación».[25] El punto de vista de socialistas, anarquistas y comunistas, con ciertas excepciones, seguiría siendo opuesto: la revolución de octubre había sido recurso imprescindible y heroico para hacer triunfar el sistema cuya verdad absoluta justificaba que hubiera que acudir a medios no deseables. En otros términos: para ellos, a diferencia de otros republicanos, se trataba de una opción entre medios a emplear y no debía descartarse la violencia.

De hecho nos encontramos ya en el prólogo de la Guerra Civil, con protagonistas y escenarios que después se repusieron. Incluso los argumentos: se declaraba criminal cualquier violencia del adversario, aunque fuese estrictamente defensiva; en cambio se revestía de los mejores calificativos la de los amigos, aunque fuese detestable en su criminalidad. Hay un dato que los historiadores no tienen derecho a rehuir y es que la iniciativa para romper la legalidad vigente, recurrir a la violencia e incluso acuñar la frase «glorioso movimiento» fue tomada por la izquierda, pues el supuesto de que la derecha abrigara la misma intención no puede tomarse en cuenta: la Historia actúa sobre hechos realizados y propósitos explicitados, no sobre supuestos.

Otra anotación, sin juicios de valor. Las fuerzas políticas en el país –Gobierno, partidos e incluso electores– no derivaron, tras el brote terrible de violencia, hacia actitudes moderadas y reflexivas, como algunos políticos recomendaron, sino al contrario, se acentuaron los extremismos. Nadie se preguntó en serio de dónde habían salido los fondos de dinero necesarios a la revolución. Aquí entra de lleno la observación de Palacio Atard: en toda Europa se estaba escuchando ya un siniestro crujir de armas y hubiera sido pedir demasiado que los españoles se sustrajesen a su encanto.

Los sucesos de Asturias dejaron tras de sí una semilla de odio porque nadie pareció dispuesto a inclinarse al perdón y al arrepentimiento. Los Comités locales de la República socialista que allí fue proclamada, recibieron instrucciones para «hacer justicia revolucionaria en aquellos elementos públicamente declarados enemigos del proletariado»,[26] lo que señalaba a todos los miembros de la derecha, ingenieros, empresarios, magistrados, profesionales y, especialmente, a los religiosos. Las monjas serían respetadas.[27] Ninguna voz se ha alzado en el amplio abanico de la

izquierda para censurar o mostrar arrepentimiento por los asesinatos, que fueron numerosos.

2. Aunque se trata de un alzamiento doble y en paralelo, para la independencia en Cataluña y para la revolución social en Asturias, el Gobierno procedió ante él como si se tratara de uno sólo. Aunque preparado de mucho tiempo atrás hubo vacilaciones de última hora que incidieron muy negativamente. En la noche del 4 de octubre todavía muchas delegaciones socialistas carecían de las instrucciones precisas. La llegada a Mieres de Teodomiro Menéndez aquella misma tarde, desencadenó la acción. Fue, sin embargo, Luis Companys, quien se adelantó el 5 de octubre a proclamar la República independiente de Cataluña, admitiendo la posibilidad de negociar más tarde un acuerdo federal con otras repúblicas ibéricas, entre las que incluía Portugal. Azaña estaba en Barcelona, instalado en el hotel Colón, tratando de evitar con sus gestiones una ruptura, lo que fue interpretado como apoyo a los nacionalistas.

No vamos a detenernos en el relato de las operaciones militares, que han sido objeto de estudios pormenorizados: lo importante, en este estudio, es descubrir la parte que a Franco cupo en ellas así como la incidencia que representó para su pensamiento político futuro; muchos autores comparten el convencimiento de que algunas de sus principales decisiones estuvieron dictadas por su experiencia en estos momentos graves. Comencemos por transcribir su propia versión, posterior en veinte años a los sucesos:

> «Las armas las había alijado el vapor Turquesa con anticipación y había encontrado todas las facilidades en los gobiernos republicanos que, pretendiendo eran para la revolución en Portugal, se había dado orden a los cónsules en el extranjero para su despacho. La concatenación del intento revolucionario en Asturias, Cataluña y Madrid pretendía les asegurase el triunfo. Fracasado en Madrid, por las previsiones del Gobierno, estrangulado en Barcelona por la rapidez y decisión con que obraron varios Jefes del Ejército al tomar por asalto la Generalidad de Cataluña en que se encontraba el mando de la rebelión en Barcelona, la rebelión quedó reducida al reducto montañoso de Asturias donde la revolución había sido concienzudamente preparada por agentes de Moscú. Contaban los revolucionarios con las debilidades de aquel Régimen y la incapacidad de sus cabezas rectoras».
>
> «No contaban con que se trataba de una operación de guerra con todas sus consecuencias y que en el Ministerio de la Guerra iban a encontrarse un Capitán experto en la materia. El contubernio de Izquierda Republicana (partido de Azaña), de los separatistas catalanes que intentaban aprovechar la revolución para proclamar la república catalana y desgajarse de la nación y los socialistas que con la experiencia y dirección técnica comunista creían iban a poder instalar una dictadura. La masonería que creía poder explotar la carne de cañón de los obreros a través del Partido socialista para asaltar el poder. Los millones del Banco de España no fueron devueltos, sus líderes se escaparon al extranjero. La masonería les facilitó la huida por las fronteras».
>
> «Conversación con el Ministro de la Guerra. Los momentos eran gra-

vísimos, había que ser eficaz. Salvar a la nación de la gravísima situación que se avecinaba, presentaba (sic). Necesidad de hablarle francamente al Ministro, destacarle su responsabilidad personal en la materia. Intervención del Presidente, un ayudante suyo expiando (sic) los movimientos durante todo el día. Las noches. El paso de las fuerzas de Marruecos. La destitución del general de las tropas de Marruecos. Su resistencia a obedecer. La complicidad de López Bravo. Había que reducir la resistencia con rapidez si no se quería suceder una guerra civil. Se necesitaban Jefes y tropas expertos y tropas entrenadas».

«La marcha de L. Ochoa. Su lentitud y sus paradas, parecía no querer llegar. La tragedia del masón. Su pacto con Belarmino, le dejó marcharse. Si no se obra como se obró, hubiese triunfado la revolución».[28]

3. Hasta aquí las opiniones, ahora vamos a los hechos. En la tarde del 5 de octubre de 1934 y hasta bien avanzada la noche comenzaron a acumularse en la mesa del ministro Diego Hidalgo telegramas alarmantes. Había comenzado la huelga general en Asturias y un verdadero ejército de mineros, que alcanzaba decenas de miles, emprendía la marcha sobre Oviedo después de apoderarse de Mieres y de toda la cuenca del Nalón. Ramón González Peña había asumido el mando. La capital asturiana no estaba en condiciones de resistir un asalto, además en algunos barrios gijoneses se alzaban barricadas que preparaban reductos para la resistencia. A las ocho de la tarde, ante una multitud fervorosa, Companys izó en el balcón de la Generalidad, la bandera de la nueva República. Pero en Madrid, salvo algunos disparos que, desde la guerra de África, se llamaban «pacos» por el doble eco, la revolución fracasó ya desde el primer instante.

Desde algunas semanas antes, Diego Hidalgo tenía previstas sus decisiones: encargó a Domingo Batet que, en Cataluña, diese cumplimiento al bando de guerra que Lerroux anunciaba por radio a todo el país y dispuso que se llamase a Franco, que aún seguía en Madrid. Hasta la tarde del día 6 no llegó el general al Ministerio, sin uniforme.[29] A esta hora González Peña era ya dueño de la fábrica de armas de Trubia y disponía de 29 cañones para apoyar a sus mineros. Al obtener Lerroux la firma del decreto de la Presidencia estableciendo el estado de guerra, había proporcionado a su ministro la oportunidad de retener a Franco junto a sí, sin que ocupara ningún cargo oficial, pero con la orden precisa de que le fuera dictando las disposiciones necesarias para acabar con aquella situación.

A la vista de los informes y datos que le suministraron, el general hizo un simple comentario: «Esto es grave; en Oviedo no hay fuerzas para hacer frente a la insurrección».[30] De hecho sumando los soldados del Regimiento de Milán y del Batallon de Zapadores de Gijón a las fuerzas de la Guardia Civil, el Gobierno sólo disponía de 1.600 fusiles en Asturias. Llegaban desde otros lugares –País Vasco, Aragón, Extremadura, León y Palencia– noticias de otros pequeños brotes revolucionarios de escasa importancia.

La presencia de Franco y las buenas noticias que llegaban de Barcelona, donde Batet había bloqueado la Generalitat, infundió tranquilidad. Diego Hidalgo, tras unas horas de tensión y toda una noche de insomnio, estaba extraordinariamente cansado y Franco le dijo: «Le ruego que se retire a descansar y, si es preciso, se lo mando.

Mañana hay Consejo de Ministros y necesita Vd. estar descansado».[31] El ministro, en efecto, se fue a dormir a una modesta habitación aneja al despacho que ya utilizara antes don Miguel Primo de Rivera. Un punto aparece claro y el propio Diego Hidalgo lo explicó posteriormente en sus *Memorias*: Franco no ostentó, en estos momentos, mando alguno, ni sobre las tropas convergentes sobre Asturias, al mando del general López Ochoa, ni en la Jefatura del Estado Mayor, que seguía ostentando el general Carlos Masquelet. Instalado en el Gabinete telegráfico, centro neurálgico de comunicaciones, coleccionaba todos los informes, los estudiaba fijando las noticias sobre un plano de situación y acababa elaborando las decisiones que pasaba al ministro y éste, sin vacilar, las hacía suyas.[32]

En esta tarea ayudaron a Franco otros jefes militares que con frecuencia hemos visto a su lado: capitán de navío Francisco Moreno Fernández, capitán de Corbeta Pablo Ruiz Marset y tenientes coroneles Jesús Sánchez Posada y Francisco Franco-Salgado. Faltó a la cita esta vez Camilo Alonso Vega, seguramente porque estaba en Oviedo, defendiendo el cuartel de Santa Clara contra los revolucionarios.[33] Hidalgo no quedó defraudado por la rapidez y eficacia de las decisiones. Franco llamó a Batet y, sin tener en consideración la diferencia de grado entre ambos, le reprochó la lentitud en la batalla de Barcelona; la respuesta, tranquilizadora fue que esperaba a la noche porque las circunstancias iban a ser más favorables. De hecho a las seis de la mañana del día 7 llamó al ministro para comunicar la rendición de Companys.

4. No cabe duda, sin embargo, que las decisiones que propuso al ministro para que éste las tomara fueron enérgicas, sin contemplaciones. Por ejemplo, sustituir en el propio Ministerio a aquellos oficiales que consideraba demasiado fieles a Azaña, llamando a otros de la escala de complemento, y destituir a los que le parecían tibios o vacilantes a la hora de cumplir las órdenes, sin hacer excepción con sus amigos y parientes. De este modo fue destituido fulminantemente su primo, Ricardo de la Puente Bahamonde, jefe de la base aérea de León, aunque ambos jugaran juntos cuando eran niños. También fue suyo el plan de realizar un movimiento convergente sobre el núcleo revolucionario asturiano desde sus tres fronteras, la creación de la columna Solchaga, el empleo de la flota para el rápido traslado de tropas desde África y hasta la designación de Juan Yagüe para mandarlas.[34]

Podemos seguir, día a día, el pulso de estas dos semanas en que Franco trabajó intensamente, robando horas al sueño mientras pasaba al ministro notas manuscritas y mecanografiadas que contenían las decisiones pertinentes. En la tarde del 7 de octubre supo que López Ochoa estaba con sus fuerzas entre Trubia y Grado, casi al alcance de Oviedo, pero que los revolucionarios habían derrotado y detenido en Vega del Rey a la columna del general Bosch, procedente de León, de modo que la situación podía invertirse; consejo fulminante, sustituir a Bosch por Balmes y encargar al coronel Antonio Aranda del mando de la retaguardia.[35] Lo importante –añadió– era que López Ochoa conservase sus posiciones mientras se le enviaban refuerzos capaces de desnivelar los poderes enfrentados. El crucero Libertad que, desde Galicia, traía las primeras ayudas, telegrafió que resultaba imposible descargar en Avilés; sin consultar en este caso con el ministro, le indicó que fuese a El Musel pues lo importante era disponer de una cabeza de puente.

Gijón vivió la tarde del 7 de octubre bajo tensión de guerra: silbaban por enci-

ma de las casas los proyectiles disparados desde el crucero contra las barricadas de El Llano y Cimadevilla; en pocas horas la lucha había terminado y los dos puertos, interior y exterior, quedaron disponibles para los soldados de la República. Pero el día 8 llegaron a Madrid malas noticias: calle a calle los revolucionarios se estaban apoderando de Oviedo, que presentaba ya muchas destrucciones. La Telefónica, los cuarteles de Pelayo, Santa Clara y Carabineros se habían perdido y la resistencia cesaba. En ese momento el Comité de la «República de obreros y campesinos de Asturias» lanzó un manifiesto anunciando «el avance progresivo de nuestro glorioso movimiento»; «son muchísimas las poblaciones españolas en donde el movimiento está consolidado con el triunfo de los trabajadores, campesinos, obreros y soldados». «El enemigo fascista se va rindiendo así como se van entregando los componentes mercenarios con su aparato represivo... las fuerzas del Ejército de la derrotada República del 14 de abril se baten en retirada y en todas nuestras avanzadillas se van sumando los soldados para enrolarse a nuestro glorioso movimiento». Con pocas variantes, esta soflama hubiera podido utilizarse también por los militares sublevados el 18 de julio. El mismo lenguaje y los mismos calificativos.

El 9 de octubre Franco fue advertido de que el teniente coronel López Bravo, al mando de las tropas embarcadas en el cañonero «Segarra», había comentado con sus compañeros que no iba a dar la orden de disparar contra hermanos. El general pasó una nota al ministro y éste ordenó el retorno del barco a La Coruña y el arresto de López Bravo. Inmediatamente un autogiro fue enviado a San Leonardo de Soria donde veraneaba Yagüe, para trasladarle a Gijón, en cuya playa de San Lorenzo desembarcó en la mañana del día 10. Todavía dentro del día 9 de octubre, González Peña hizo volar las cajas fuertes del Banco de España en Oviedo para proveerse de fondos; demasiado tarde porque López Ochoa, que había pasado valientemente por muchos apuros, ya contaba con 15.000 hombres e iba a tomar la iniciativa.

5. En el momento de publicarse el manifiesto arriba mencionado, los socialistas tenían una fuerte moral de victoria, si bien la posesión de Avilés y Gijón daba ya al Ejercito una superioridad decisiva. Pero el día 11 la revolución entró en un proceso rápido de declive: aislado, el núcleo asturiano carecía de virtualidad. Al llegar con las tropas de Marruecos al alto de la Corredoria, donde dominaba los accesos a Oviedo, Yagüe telefoneó a López Ochoa, que estaba al otro lado de la ciudad para informarle de que sus tropas estaban ya entrando en la capital, sembrada de ruinas, envuelta en humo y polvo, a fin de liberar a los escasos defensores que aún se mantenían en algunos reductos.

Llegaron las noticias a Madrid con toda urgencia: Oviedo, liberada, carecía de agua, de luz y de pan. La vieja Universidad había sido volada. La Cámara Santa profanada e incendiada. Franco recomendó entonces algunas de las medidas que son propias de su sentido militar, como enviar desde Galicia un rebaño de vacas para alimento de la población. Tuvo que intervenir personalmente para mediar entre Yagüe y López Ochoa, que se profesaban recíproca antipatía y sostenían criterios opuestos respecto al trato que había que dar a los revolucionarios. López Ochoa, masón, intentaba ahora suavizar en lo posible los efectos de su victoria mientras que Yagüe era proclive a represalias duras. Franco dio apoyo a López Ochoa, porque era superior en grado, aunque no ocultó su estima por la eficacia que Yagüe diera a las operacio-

nes. La actitud del general no evitaría que fuese asesinado en Madrid, al comienzo de la Guerra Civil, con detalles de escalofriante crueldad mientras la Masonería repudiaba su persona y su memoria. Hemos transcrito más arriba las frases despectivas de Franco hacia López Ochoa.

El 12 de octubre el Ejército «rojo», como a sí mismas se denominaban las milicias revolucionarias, comenzó a dispersarse. En la última etapa de aquella sangrienta guerra local, los comunistas, poco importantes al principio, aparecieron galvanizando la resistencia a fin de aparecer en el futuro como dirigentes principales y forzar las represalias. La aventura terminó el 18 de octubre cuando López Ochoa aceptó la capitulación que ofreció Belarmino Tomás en nombre del comité revolucionario. En todo momento quedó bien claro que la revolución de octubre había sido hecha en nombre y bajo la dirección del Partido Socialista, aunque en ciertos lugares y momentos se registrase también la vigorosa participación de anarquistas. Octubre es una fecha mítica en el marxismo internacional: la de la revolución soviética que por entonces parecía modelo excelso. Los ideales de quienes impulsaron el movimiento se dirigían a establecer en España una República soviética.

IV. LAS CONSECUENCIAS.

1. Los sucesos de Asturias fueron muy sangrientos a pesar de su corta duración. Los revolucionarios causaron muchas víctimas, obedeciendo a las consignas recibidas. La represión fue, después, poco acertada, abundante en vacilaciones, excesivamente amplia en cuanto al número de detenidos y contradictoria en relación con los castigos: causó más odio que miedo.[36]

La propaganda, en especial durante la campaña electoral de 1936 y, luego, bajo el predominio del Frente Popular, contribuyó, con exageraciones, medias verdades y mentiras manifiestas, a aumentar la confusión. Durante los seis últimos días, mientras los líderes socialistas, con el dinero que habían tomado en los bancos, huían al monte, trataban de esconderse o emigraban, los comunistas se situaron en primer plano. «Ni después del 12 de octubre de 1934 –fecha inicial de la desbandada socialista– ni después del 5 de marzo de 1939 –fecha inicial de la revuelta comunista con la que terminó la guerra de España– hubo propósitos auténticamente numantinos por parte del comunismo español. Los propósitos fueron mucho más sencillos y mucho más inteligentes: dejar montada una cabeza de puente propagandística, apoderarse de una revolución cuando se hundía políticamente, pero históricamente empezaba a convertirse en mito, y agrupándose bajo la nueva bandera raptada conseguir al fin el sueño nunca abandonado de frente único por la base y esperar, lo que no parecía nada improbable, a convertirse en vanguardia y en grueso del próximo ejército rojo en cuanto el eterno retorno del péndulo español lo permitiese».[37]

Antes de que concluyera el año 1934 se tenía ya la impresión de que aquel prólogo anunciaba un drama, todavía más doloroso. La Dirección General de Seguridad publicó los datos que poseía, sin duda bastante exactos: 1.084 muertos y 2.074 heridos había costado la revolución. Entre los fallecidos figuraban 855 personas civiles, incluyendo 33 sacerdotes y religiosos. No figuraban en la lista los saqueos ni las violaciones, que también se produjeron. Estas cifras han sido discutidas por historia-

dores de diversas tendencias, pero no disponemos de otras, ni tampoco se han hecho aportaciones documentales que permitan discutirlas. No creo que haya motivos para suponer en este informe oficial errores importantes.

Los partidos políticos europeos y los periódicos colocados bajo su influencia dieron crédito a informaciones muy escasamente fiables. Las izquierdas porque querían entenebrecer la represión y las derechas porque querían exagerar el peligro. Los lectores franceses, por ejemplo, pudieron convencerse de que en España había tenido lugar un grave alzamiento seguido de durísima represión. Aunque no sea ésta una cuestión que afecte a nuestro trabajo, es conveniente, para llegar a una más correcta comprensión de los terribles sucesos de que hemos de dar cuenta, situar los datos con la mayor precision posible: de este modo entenderemos la conciencia que Franco y sus colaboradores se formaron del peligro que acababan de superar.[38] Aun admitiendo el supuesto de Díaz Nosty de que las víctimas hayan sido más de las incluidas en el mencionado informe oficial, siempre nos encontramos con cifras por debajo de dos millares de muertos; no muy grandes si se toman en términos absolutos pero elevadísimas si se tienen en cuenta las limitaciones de espacio y de tiempo.[39] Los tribunales dictaron 23 penas de muerte en Asturias y 21 en Cataluña, pero sólo dos fueron ejecutadas.[40] La dimisión de los ministros de Justicia, Samper, y del de la Guerra, Hidalgo, el 5 de noviembre, mientras el Presidente de la República, Alcalá Zamora tomaba abiertamente partido en favor de los indultos, contribuyeron mucho a debilitar y desprestigiar al Gobierno. Conforme se alejaban en el tiempo los sucesos de Asturias la opinión pública se tornaba contraria a los castigos. Radicales y cedistas disentían en la cuestión de los indultos.

La región asturiana experimentó profundos cambios: el socialismo, hasta entonces dominante, fue desplazado por los comunistas en la dirección de las masas obreras mientras que la opinión decididamente derechista de 1933 cambiaba; se estaban descubriendo odios recíprocos sumamente peligrosos. El Gobierno comprobó que los arsenales reunidos para el intento revolucionario eran muy grandes: se recogieron 89.354 fusiles y hubo el convencimiento de que las armas ocultas eran más que las recobradas. Se encomendó a un comandante de la Guardia Civil, Lisardo Doval, la tarea de perseguir a los fugitivos y averiguar dónde estaban los depósitos de armas. Pronto se vio rodeado de siniestra fama.[41]

2. El prestigio militar de Franco, factor positivo para la derecha y negativo para la izquierda, un tanto empañado en los años inmediatamente anteriores, volvió a afirmarse al ser comprobada la rapidez y acierto con que dirigió, a distancia, las operaciones que extirparon el brote revolucionario. No era un impulsivo[42] como Yagüe que, al saber que López Ochoa había negociado la capitulación de Belarmino Tomás, llegó a amenazar con una pistola a su superior, aunque sabemos que compartía el juicio negativo con el legionario. Ese prestigio vino unido a una calificación: era evidente que no se había limitado a cumplir órdenes que se le dieran sino que aplicaba a las mismas la convicción de que ningún peligro mayor podía existir para España que el que se derivaba del marxismo en cualquiera de sus versiones. En torno a su persona comenzó a urdirse una leyenda que todavía algunos historiadores recogen, como si fuera cierta: la de la represión. Lo único cierto que sabemos es que no tuvo en ella parte alguna.

Este planteamiento de los hechos resulta esencial para el futuro. Desde el punto de vista de Franco, la izquierda socialista, con ayudas exteriores, había intentado derribar por la fuerza la República e implantar el dominio de un solo partido. Esto hubiera debido descalificarla definitivamente para el juego político. Él había sido uno de los elementos esenciales en el final feliz: la República se había salvado. Desde la óptica contraria tal sería el primero de los pecados capitales del futuro Generalísimo: abortar la revolución. Luego vendría el otro, de 1936-1939, al ganar la guerra. En este momento, o después, surgió en Manuel Azaña el pensamiento que incorporó a sus *Memorias*; refiriéndose a Franco dijo que era «el más temible, el único temible».

La revolución de octubre tiene, ademas, el valor de un gozne en la vida de Franco. En torno a él gira toda su conducta política. Para los miembros de la derecha pasa a ser el más importante de los generales, que no ha cedido a las tentaciones de la conspiración y ha obedecido, aunque sea a regañadientes, el único capaz de salvar la República, amenazada desde su base, y garantía de orden. En la confluencia de estas dos opiniones surge su convicción, expresada después muy insistentemente, de que quienes han desencadenado la violencia quedan definitivamente inhabilitados para gobernar. Los días centrales de febrero de 1936 serán, para él, de gran desconcierto y se comprende que así sea pues tendrá que obedecer, en nombre de la República, a aquellos mismos que, en nombre también de la República, se le ordenara combatir.

El 24 de octubre de 1934 estuvo en Oviedo, acompañando a los ministros de la Guerra, de Justicia y de Obras Públicas que habían ido a comprobar los daños y a tomar medidas de reparación. Tuvo un gesto deliberado al dar a López Ochoa un abrazo demostrándole que, aparte sus recíprocas opiniones, no aceptaba la intemperancia de Yagüe. Los periodistas acudieron con sus preguntas, pero él respondió: «yo no tengo aquí papel; lo contrario será malo para esto, para la nación y para mí; he venido acompañando a mi ministro y con él me marcharé». Añadió lo que era un compromiso ideológico: se había luchado contra «el socialismo, el comunismo y todas cuantas formas atacan a la civilización para reemplazarla por la barbarie».[43] Recuérdese que el nombramiento de un delegado gubernativo no se produjo hasta el 2 de noviembre.

3. Al término de esta exposición de datos, que hemos procurado sea objetiva, nos hallamos en condiciones de exponer un estado de conciencia, razonamiento comprobable a través de sus escritos y discursos posteriores, que corresponde al que dictará, en los dos años siguientes, la conducta del general. No se trata de compartir ni de rechazar este estado de conciencia sino de comprender y explicar, lo que es ciertamente oficio de historiador. El brillante militar africano, general más joven de Europa, gentilhombre de Cámara del Rey, director de la suprimida Academia General de Zaragoza, se encontró, en 1931, con que la República era la forma de Estado que adoptaba España tras la marcha de Alfonso XIII. No le gustaba pero decidió permanecer en el Ejército, sin escuchar las insinuaciones que se le hicieron, y obedecer; obedecer especialmente, como dijera a sus cadetes de Zaragoza, cuando las órdenes y quienes las dan repugnaban a su conciencia.

Contra la República se insinuaron, planearon y ejecutaron golpes desde la izquierda y desde la derecha. No participó en ninguno porque «había que hacer lo

posible por conseguir que se estabilizara y encauzara». Llegado un determinado momento se le requirió para que interviniese en la defensa de la República y lo hizo, poniendo en ello todas sus facultades. Monarquía o República –en esto coincidían los grupos católicos cuyo portavoz era *El Debate*– no eran esenciales, pues lo importante era la nación. Ésta tenía que ser defendida y aunque su preferencia se inclinase por la Monarquía, no rechazaba la idea de que debiera consolidarse la República; con el tiempo y por razones meramente pragmáticas, a las que colaboraron muchos de sus asesores, se acentuó su convicción de que la República conducía inevitablemente al desastre y sólo la Monarquía era capaz de hacer estable el orden. La defensa de la República le elevó al primer plano de atención. Tenía razón Diego Hidalgo cuando se quejaba de que nadie recordaba que había sido él quien tomara la decisión, delicadísima, de llamarle y confiar en él. Franco y Natalio Rivas, en su mutua correspondencia sí lo reconocieron.

Como una consecuencia lógica, el general, lo mismo que los militares que compartían sus sentimientos, albergaron la convicción de que la izquierda revolucionaria, que se había apartado de la legalidad al tratar de imponer por la fuerza un sistema derrotado en las elecciones demostrando que no iba a someterse a otra ley que la de su propio poder e interés, nunca iba a ser admitida de nuevo en la legalidad. Lo legítimo está siempre por encima de lo legal. Pero la propaganda que la izquierda comenzó a desplegar muy pronto permitiría comprender que, en el caso de que ella llegase un día al poder, los revolucionarios serían considerados rectos y los que a ellos se opusieron, obedeciendo a las leyes, podían ser acusados y condenados. Era difícil, para una mente rigurosa y escueta como la suya, donde los conceptos éticos se expresaban con nitidez, comprender que ahí estaba precisamente, el principio mismo de toda democracia: un asesino, si es votado por sus conciudadanos, se convierte en persona dotada de inmunidad.[44]

Así las cosas, cuando se produjeron las elecciones del 16 de febrero de 1936 –confusas por la propaganda, las críticas y sobre todo porque el sistema electoral establecido permitía convertir una mayoría escasa de votos en mayoría aplastante en la Cámara– y los revolucionarios de 1936 se convirtieron en vencedores, Franco aceptó la idea de que la República había fracasado y se hallaba en peligro. Aunque, como veremos, no tomó iniciativas conspiratorias, sí tuvo el convencimiento de que sólo el Ejército podía salvar a la nación: con el Gobierno, si era posible –de ahí las vacilaciones y la carta a Casares Quiroga– o contra el Gobierno, si éste se muestra opuesto. Desde 1934 Franco, con la experiencia de octubre, tenía de nuevo puesta su confianza en el Ejército.

Notas al capítulo 10.

[1] V. Palacio Atard, loc. cit., *Razón Española*, 8, pp. 407-408.

[2] Esa actitud de Gil Robles no era rechazada únicamente por la izquierda: tampoco la admitían grupos de la derecha. O. Ruiz Manjón Cabeza, *La Segunda República. Evolución política*, en *Historia General de España y América*, Rialp, XVII, Madrid, 1986, pp. 46-47.

[3] En Cataluña la coalición que encabezaba Ezquerra Republicana logró 162.000 votos mientras la Lliga y sus aliados obtenían 133.000. La diferencia no era demasiado grande, pero Ezquerra comenzó a gobernar sin tener en cuenta para nada a sus oponentes. E. Barco Teruel, *op. cit.*, pp. 79-80.

[4] Stanley G. Payne, *Falange*, p. 49, no duda en atribuir la iniciativa de la violencia a los socialistas.

[5] Todas las zonas rurales y la costa, incluyendo Gijon y Avilés, dieron la victoria a la CEDA: ésta obtuvo 14 diputados mientras los socialistas lograban 4. Esto desmiente el tópico de que Asturias era «roja». Al contrario, hubo excesiva confianza de la derecha que no tuvo en cuenta debidamente el factor de abstención. El 28 de marzo de 1934 la Federación Socialista Asturiana, la UGT y la CNT asturianas constituyeron la Alianza Obrera: el proyecto consistía en desencadenar una serie de huelgas políticas que debían culminar en una verdadera revolución. El 4 de setiembre del mismo año, Ramón González Peña, que sería el principal responsable del movimiento en Asturias, anunció el próximo estallido de éste con palabras que, curiosamente, recuerdan las del general Burguete en 1917: «ir preparándose sin cesar para ir a la montería y dar batida a todas las fieras, al régimen capitalista». B. Díaz Nosty, *Historia de Asturias*, VIII, Oviedo, 1980, pp. 229-231. El proyecto no se reducía a una revuelta regional: se formarían columnas desde Asturias para emprender la marcha sobre Madrid.

[6] E. Aguado Sánchez, loc. cit., pp. 58-59 y 61. Importantes trabajos sobre la revolución de octubre son J.A. Sánchez y García Sauco, *La revolución de octubre de 1934 en Asturias*, Madrid 1974, con prólogo de V. Palacio Atard y Marta Bizcarrondo, *Octubre de 1934: reflexiones sobre una revolución*, Madrid, 1977.

[7] C. Sánchez Albornoz, *Mi testamento histórico-político*, p. 44.

[8] La trayectoria del pensamiento de Madariaga que atribuyó el fracaso de la República a la demagogia de sus dirigentes, se mide en tres escritos: *Anarquía y Jerarquía*, Madrid, 1935, *Democracy versus liberty? The Faith of a Liberal Heretic*, que publicó en Londres durante la Segunda Guerra, y *España*, Barcelona, 1964. Franco poseyó dos ejemplares de cada uno de estos trabajos y los anotó.

[9] V. Palacio Atard, *Cinco historias de la República y de la guerra*, Madrid, 1973, pp. 11-38.

[10] Á. Viñas, *La Alemania nazi*, pp. 91 y 96, aclara suficientemente este extremo. Ninguna mención hay de España en *Mein Kampf* ni en el segundo libro de Hitler.

[11] O. Ruiz Manjón, loc. cit., p. 47.

[12] Carlos Seco Serrano, *Historia de España*, ed. Gallach, VI, Barcelona, 1969, pp. 88-89, matiza que los dirigentes españoles no temían que se reprodujeran en España los regímenes de Hitler o Mussolini: ellos pensaban más en una dictadura conservadora como la de Pilsudski, Salazar o especialmente Dollfuss, apoyada en un catolicismo militante como Gil Robles.

[13] J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, II, pp. 1.112-1.114, ha hecho la recopilación de los editoriales y frases de *El Socialista*: había que derribar la República como antes la Monarquía.

[14] A. Ramos Oliveira, *op. cit.*, III, p. 198 y ss.

[15] Este programa no es el que le atribuyen sus enemigos sino el que en enero de 1936 explicaría Prieto en el diario bilbaíno *El Liberal*. E. Barco, *op. cit.*, pp. 116-117.

[16] Vamos a seguir con preferencia a Francisco Aguado, *La revolución de octubre de 1934*, Madrid, 1973.

[17] J. M.ª Gil Robles, *No fue posible la paz*, p. 141.

[18] N. Alcalá Zamora, *Memorias*, p. 282.

[19] F. Ximénez de Sandoval, *op. cit.*, p. 322, afirma que Serrano Suñer fue quien entregó esta carta. No hay duda: en sus *Apuntes*, p. 9, Franco incluyó la frase «Maniobras en León - Carta de José Antonio».

[20] La carta publicada en la primera edición de R. de La Cierva, *Francisco Franco*, I, pp. 370-371.

[21] E. Barco, *op. cit.*, p. 131.

[22] El 1 de mayo de 1942, estando en Méjico, Prieto llegaría a decir: «me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido socialista y ante España entera, de mi participación en aquel movimiento revolucionario». G. Fernández de la Mora, «El origen de la guerra civil», en *Razón Española*, 8, p. 430-431.

[23] La evolución de Falange en estos meses ha sido establecida por Stanley G. Payne, *Falange*. Algunas ayudas económicas fueron proporcionadas por monárquicos como Antonio Goicoechea y Pedro Sainz Rodríguez.

[24] El párrafo está tomado de J. Tusell, *op. cit.*, p. 279, y no puede ser acusado de franquismo.

[25] *Apuntes*, p. 11.

[26] J. A. Sánchez y González Sauco, *op. cit.*, pp. 108-109.

[27] Pese a las tergiversaciones que posteriormente han tenido lugar, las cifras de muertos en el clero se conocen con total precisión: los revolucionarios asesinaron a nueve sacerdotes, seis seminaristas, ocho hermanos de la Doctrina Cristiana, en Turón –recientemente beatificados– y nueve religiosos de diversas congregaciones. Ver J. A. Sánchez, *op. cit.*, p. 143 y ss., y F. Suárez Verdeguer, «Notas para la historia de la revolución de Asturias», en *Razón Española*, 8, p. 392.

[28] *Apuntes*, pp. 11-12.

[29] Análisis detallado del papel desempeñado por Franco en estos episodios en R. de La Cierva, «Revolución y campaña de Asturias», en *Historia y Vida*, 19, 1969, pp. 21-45.

[30] J. Arrarás, *Franco*, p. 188.

[31] Este dato procede de una carta que Natalio Rivas escribió a Franco el 24 de enero de 1940.

[32] Meses más tarde el general López Ochoa confesaría el disgusto que le produjo el encargo a Franco, que atribuyó a «simpatías personales, sin ostentar cargo adecuado para ello». Y es cierto que se hubiera tratado de una situación anomala si Franco hubiera estado impartiendo y firmando órdenes. Es absurda en cambio la apreciación de la historiografía socialista: «en octubre de 1934 se le presentó la ocasión de mostrar su habilidad en la represión de obreros, tal como ya hiciera en 1917», Sh. Ben Ami, *op. cit.*, p. 29. Los prejuicios juegan malas pasadas a los historiadores. Lo cierto es que Diego Hidalgo no otorgó ningún poder decisorio a Franco.

[33] L. Galinsoaga y F. Franco-Salgado, *op. cit.*, p. 169-170.

[34] El llamamiento de tropas africanas sirvió de argumento contra Franco sin duda porque las tres banderas de la Legión, el tabor de Regulares y los batallones de Infantería decidieron la victoria. J. A. Sánchez-González Sauco, *op. cit.*, pp. 134-135, no duda en atribuir a Franco esta decisión.

[35] J. A. Sánchez Sauco, *op. cit.*, pp. 135-136.

[36] Es difícil, aunque muy importante, explicar con los debidos matices esta cuestión. J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, pp. 1.135-1.136, que sigue a Gil Robles, *No fue posible la paz*, pp. 510-511, califica de errónea la represión por dos razones: a) excesivo número de detenidos, unos 15.000 hacinados en cárceles improvisadas, lo que daba impresión de crueldad; y b) impresión de que los dirigentes, en cambio, podían permanecer impunes. Azaña estuvo detenido hasta el 28 de diciembre cuando era evidente su no culpabilidad. Largo Caballero, diri-

gente principal fue absuelto por falta de pruebas. Parecía que los pobres e infelices pagaban las culpas de todos mientras que sus instigadores escapaban indemnes. Esto es independiente de que el Gobierno se mostrara débil e incompetente, muy tímido a la hora de castigar: no se atrevió a declarar la ilegalidad del Partido Socialista que pudo continuar sus actividades.

E. Barco Teruel, *op. cit.*, p. 247, que sigue a La Cierva y Arrarás, propone otro procedimiento interesante para entender los hechos, y es hacer con las noticias de los periódicos una secuencia de datos. Los revolucionarios asesinaron alrededor de cien personas. Aparte de los dos ejecutados en virtud de sentencia, el sargento Vázquez y «el Pichilatu», sólo ha podido comprobarse un asesinato cometido por el bando contrario: Luis Sirval.

37 R. de La Cierva, *Socialismo*, pp. 120-121.

38 Dice Franco, muchos años después: «La revolución de Asturias y Cataluña y lo que pudo pasar, abrió los ojos de la oficialidad de los peligros que amenazaban».

39 B. Díaz Nosty, *La comuna asturiana. Revolución de octubre de 1934*, Madrid, 1974, pp. 338-340.

40 J. M.ª Gil Robles, *Discursos parlamentarios*, Madrid, 1971, p. 595 y ss., ha recogido sus intervenciones parlamentarias entre los días 16 de febrero y 15 de julio de 1936, argumentando del modo siguiente: el Frente Popular que durante el período electoral había utilizado la cuestión de las responsabilidades por los sucesos de Asturias no quiso después abrir ningún debate ni investigación sobre el tema porque sabía que «su» revolución le dejaría muy mal parado. La última de dichas intervenciones coincidió con el descubrimiento del asesinato de Calvo Sotelo.

41 Doval, nombrado delegado especial del Gobierno el 2 de noviembre de 1934, sería destituido a propuesta de Gil Robles, que recibió quejas serias del gobernador civil de Oviedo. Sus agentes, miembros de la Guardia Civil, actuaban con gran dureza: estaban bajo la presión de las crueldades que sus compañeros, guardias civiles y de asalto, habían tenido que sufrir y no eran, por tanto, medios adecuados para la represión. Algunas fotografías se publicaron en que aparecían juntos Franco y Doval, pero se trata de montaje. Aparte de los fusiles y armas cortas se recogieron 49 cañones, 711 ametralladoras y 149 fusiles ametralladores. J. A. Sánchez y González Sauco, *op. cit.*, p. 148.

42 R. de La Cierva, *Franco*, pp. 128-129, coloca en octubre otro proyecto de golpe militar al que Franco no se asoció.

43 Cl. Martín, *op. cit.*, pp. 129-130.

44 Es importante comprobar la coincidencia entre este pensamiento –la revolución de octubre fue ruptura de toda legalidad– y el de Sánchez Albornoz, antes mencionado, o de Salvador de Madariaga, *España*, pp. 434-435: «con la rebelión de 1934, la izquierda perdió toda autoridad moral para condenar la rebelión de 1936». También en círculos próximos a Azaña se especulaba en el verano de 1936 con la necesidad de llegar a establecer una especie de dictadura militar.